

PUESTA EN VALOR DE LA CONSTRUCCIÓN CON TIERRA

Graciela María Viñuales

El tema de las arquitecturas tradicionales parecía no tener cabida en las facultades de arquitectura de la Argentina al finalizar la década de 1950. Sólo unos años después tímidamente asomaría como algo casi romántico a través del libro *Arquitectura sin arquitectos* de Bernard Rudofsky (y luego con la recopilación de Hernán Urquijo en el año 1969, titulada *Tipos predominantes de vivienda natural en la República Argentina*, que mostraba un panorama nacional prácticamente desconocido. Porque sólo tenían idea de estas tradiciones quienes vivían en algunas provincias, y en general sólo sabían lo que pasaba en su región. Además, en muchas oportunidades la propia escuela universitaria trataba de que aquellos alumnos que llegaban del interior se plegaran a la forma de proyectar propia de las grandes ciudades, inclusive las extranjeras.

Los libros que trataban de tecnología de los materiales, aquellos grandes volúmenes de cuatrocientas o quinientas páginas, sólo dedicaban alguna al comienzo del capítulo de albañilería que decía algo vago y ni siquiera mostraba un dibujo explicativo, como se hacía con las demás técnicas. Prácticamente ningún profesor mencionaba al adobe, y si alguien hablaba de él, era habitual que confundiera al mampuesto con el barro. Si se conocía la palabra “tapia” era asignándole un significado de pared divisoria, con lo cual tampoco se entendía lo que quería decir la expresión “sordo como una tapia”.

Nadie sabía que los faraones de todas las dinastías también usaban el barro en muchas ocasiones y que el pueblo egipcio de nuestros días seguiría usándolo en todo el valle del Nilo. Gracias a lo que transmitiera Hassan Fathy con sus libros (1969, 1973, 1986) y su obra arquitectónica, empezaría a entenderse muchas cuestiones constructivas y a caerse en la cuenta del porqué de ciertos diseños de los monumentos pétreos. Fathy permitió saber cómo se hacían las viviendas antiguas -inclusive la de sus faraones-, hizo ver que Ramsés II había hecho graneros de adobe de los que aún quedan restos y mostró que los taludes y los bordes de las construcciones de piedra adquirirían esas formas pues imitaban las soluciones encontradas para la mayor durabilidad de los edificios de barro. Es decir que había una transferencia de diseño que, aunque innecesario -o superfluo- para la piedra, se aplicaba como fruto de una larga tradición. Gracias sobre todo al libro *Arquitectura para los pobres* y su edición mexicana de *Extemporáneos* de 1975, los profesionales de habla castellana comenzaron a ver aquello que antes parecía que no se había notado. Los docentes no habían dicho nada al respecto y tal vez a los alumnos les había faltado un poco de curiosidad.

En la década de 1970 los cursos hechos por varios arquitectos latinoamericanos en las restauraciones que hacía el Proyecto Per 39 conjugando los esfuerzos de Unesco y del Instituto Nacional de Cultura del Perú, permitieron una interesante experiencia a pie de obra. El hecho de que la mayoría de esas restauraciones atendieran edificios de adobe posibilitó un buen conocimiento del material tierra en una ciudad como el Cusco en la que aún se construía con sistemas tradicionales, dándose el caso de que los albañiles manejaban el tema casi con más

soltura que los profesionales. De tal modo pudo conjugarse esa sabiduría popular con los conocimientos técnicos y las normas internacionales.

Poco después, aparecieron otras inquietudes que dieron nuevas perspectivas al asunto. Una de ellas había sido objeto de investigaciones en otros ámbitos, como el de la solución de la vivienda popular que, en algunos casos, se había inclinado a usar la tierra. Otro aspecto que se fue acentuando al final de los '70 fue el de la conservación ambiental, y así la tierra comenzó a ser considerada por sus valores de temporizador térmico y acústico, por sus posibilidades de reciclaje y -sobre todo- por la economía de recursos energéticos que significaba. Allí estaban presentes la capacidad de obtención directa, la minimización del transporte, la corta cantidad de agua que suponía su fabricación y puesta en obra, así como la independencia de los grandes circuitos comerciales. Esto último significaba un ahorro importante para la futura conservación de los edificios, fueran ellos antiguos o de nueva planta, especialmente los que se encontraban en regiones apartadas.

Entonces las cosas fueron cambiando, aunque no con la premura que se hubiera esperado. En los años '80 empezaron a verse publicaciones, congresos y exposiciones que acogían a las arquitecturas de tierra o las hacían su principal centro de interés. En la década siguiente se formaron redes de trabajo que unían a todos los países iberoamericanos -incluyendo en esta denominación a España y Portugal- y que iban avanzando con investigaciones, con obras, con ensayos y normativas. Así llegó el cambio de milenio en donde las redes se ampliaron englobando a profesionales y centros de otros países europeos y africanos, así como del resto de América. Poco antes había asomado la riqueza arquitectónica de los países árabes y lo que ofrecía el sudeste asiático, sobre todo después de la gran reunión de Pekín de 1985.

Ahora todo eso se ha enriquecido y las posibilidades de comunicación que se facilitan de continuo permiten aprender mucho más, a ver cómo se construye día a día una casa de tierra por una familia, cómo han respondido estos edificios ante un sismo o un vendaval y qué reglamentos están usándose en diferentes países. Pero esta rapidez de las noticias a veces también hace ver los errores que se cometen, la falta de conocimiento de algunos profesionales y la insensatez de ciertas normativas. Inclusive, se dan a conocer obras que usan tierra pero con soluciones de diseño que le son ajenas al material, lo que las hará poco perdurables.

Por ello es un gran logro la concreción de este quinto número de Construcción con tierra, que así muestra una continuidad que no siempre tienen las publicaciones periódicas en América Latina. Asimismo es muy satisfactorio que tal cometido esté situado en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires, casa de estudios en la que muchos nos hemos formado y en donde hemos comenzado nuestra tarea docente. Sería deseable que en el futuro pudiera verse que alumnos y profesores volcaran su mirada en estos temas, que la tecnología de los materiales térreos fuera estudiada como cualquier otro material posible y que se permitiera presentar proyectos de diseño de adobe, tapia o BTC, algo que aún está bastante lejos de producirse.

El esfuerzo de los editores es notable y acertado al considerar a la arquitectura de tierra desde ángulos diversos: la técnica, la historia, la restauración y la nueva construcción. La revista, con buen criterio, está acogiendo trabajos de gente joven sin descuidar la presencia de

profesionales veteranos. La variedad de temas y de regiones representadas en cada número también es significativa.

Esperamos entonces que todas estas consideraciones y propuestas de la revista vayan siendo superadas número a número y sirvan para ampliar las miras de las escuelas y facultades de arquitectura.

REFERENCIAS

Fathy, H. (1969) Gourni, a Tale of Two Villages, Ministry of Culture, Cairo.

Fathy, H. (1973) Architecture for the Poor: an Experiment in rural Egypt. University of Chicago Press, Chicago.

Fathy, H. (1986) Natural Energy and Vernacular Architecture: Principles and Examples with Reference to Hot Arid Climates, University of Chicago Press, Chicago.

Rudofsky, B. (1964) Architecture without Architects, Doubleday & Co, New York.

Instituto de Investigaciones de la Vivienda (1972) Tipos predominantes de Vivienda natural en la República Argentina, EUDEBA, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.